

VICTORIA MALAÑÓN RODRÍGUEZ

ACONITO

PARA

BRUJAS

*“Todas las sustancias son venenos, no existe ninguna que no lo sea. La dosis
diferencia un veneno de un remedio”*

Paracelso.

*“Incluso el hombre más puro de corazón que reza sus oraciones por la noche,
puede
convertirse en lobo cuando florece el Acónito y la luna llena brilla.”*

El hombre lobo, 1941.

*“La sincronicidad es una realidad siempre presente para aquellos que tienen ojos
para ver”.*

Carl Jung.

Don Torcuato reposó bajo un manto negro aquella noche. En el lecho Selene se durmió llorando después de varios días tristes. Su amigo can, Hermes, falleció a los catorce años por causa de una insuficiencia renal. En la plancha de corcho sobre una de las paredes, las fotografías del animal empapelaron su dormitorio. Al lado de la ventana que daba al jardín delantero de la pequeña vivienda familiar había un atril con un cuadro terminado. Un Hermes feliz con el rabo apuntando al cielo, parado entre Malvones de colores.

Esa alegría quedó atrás, pues la partida del perro fue tan sólo el principio de toda aquella pesadilla que sucedió en esa calle cargada de árboles, flores y jardines.

Un aullido quebró el silencio sepulcral. Selene observó el dormitorio en penumbras y reconoció lentamente las sombras de cada mueble. Se incorporó y cuando apoyó los pies descalzos sobre la cerámica fría, un escalofrío recorrió su espina dorsal. No estaba sola.

Caminó con pesadez hacía la ventana y con determinación corrió el velo de la cortina. Había olvidado cerrar la persiana y vio el jardín delantero engalanado por el rosal estrella de su madre. Algo se movió en la casa de enfrente. Algo entre los árboles altos que parecían custodiar la propiedad vacía desde hace muchos años.

Sus ojos volvieron a posarse en el rosal y la vio; una figura femenina encapuchada custodiada por dos perros negros similares a los dobermans. El rojo de las rosas contrastaba contra tanta oscuridad.

Selene abrió los ojos. Los rayos de sol se colaron sobre la rendija de la persiana todavía cerrada. Con un bostezo bajó de la cama, tomó su cuaderno, carbón negro y dibujó lo que vio en sueños. Las últimas noches de aquella semana de marzo fueron muy extrañas y la joven lo atribuyó a su estado de duelo. Poco o nada supo de los secretos que salieron a la luz días después y de los acontecimientos que cambiaron al mundo para siempre. Las sincronicidades parecieron ser funestas en este caso y aunque contó con ayuda, el horror y el espanto se colaron por debajo de la piel, entre los huesos y anidaron allí en el cuerpo.

Su mamá tocó la puerta y le ofreció un mate. Estuvo más cariñosa de lo habitual dadas las circunstancias. Su papá había ido a buscar el auto al taller mecánico. La casa se sentía vacía, como si faltara su corazón, como un árbol muerto. Tronco hueco, carente de sentido.

Selene se sentó en la mesa de la cocina con su mamá, Susana, enfrente para conversar de banalidades de las rutinas diarias. Nada significativo, nada especial. Tostadas con dulce de leche hechas con pan blanco. Era otro día igual para Selene.

La madre sintió miedo por su hija, si bien entendía por lo que estaba pasando pues ella misma estaba triste por la muerte de Hermes, no quería que cayera en

un estado constante de apatía así que insistió, como pudo, para que la muchacha encontrará algo que la sacara de ese estado de estupor.

—¿Vas a pintar otro cuadro? Te vi bocetando hace un rato. ¿Vino la inspiración?

Selene no se inmutó y masticó la tostada sin cambiar postura ni semblante.

—Tuve un sueño raro. Sólo dibujé eso.

Susana intentó indagar, por un lado como forma de alentar a que hablara y por el otro, saber que pasaba por su mente.

En las paredes de la modesta sala de estar los cuadros de Selene recibían a las pocas y casi nulas visitas, pues el matrimonio de veinte años solía reunirse con amigos y familia fuera de su hogar. Selene no tenía amigos íntimos de esos que se llevan a la casa, sólo salía eventualmente con algunos compañeros del supermercado en donde trabajaba desde que se egresó de la escuela secundaria. Había pensado en estudiar en la Universidad de Buenos Aires pero debía pasar primero el famoso CBS, una suerte de filtro para acceder a la carrera elegida.

—¿Vas a dar los exámenes este año?

Susana dejó caer la pregunta en un tono de voz casual aunque supo que su hija no era fácil de persuadir.

—No lo sé, ma. Quiero, pero estoy muy triste y no puedo concentrarme en lo que leo.

La madre sintió una punzada en el pecho, le dolía ver sufrir a su hija. Había estado pensando en traer otro perro pero no quería entorpecer el duelo. Lo

había hablado con su marido y padre de Selene, Raúl, y ambos llegaron a la conclusión de que era sano esperar un poco más.

—Bueno, hija, sos muy joven, tenes tiempo de estudiar.

Y se cerró la conversación.

Selene se puso el uniforme de cajera, saludó a su mamá y salió de su casa. Miró el rosal radiante y recordó el sueño. Se preguntó qué podría significar. En otras oportunidades, contadas la verdad, había sentido al momento de pintar una especie de llamado. Como si estuviera canalizando un mensaje a través de la pintura. Había leído que era algo bastante ordinario dentro del mundillo del arte y que tanto músicos, como escritores y pintores habían sentido esa inspiración casi mediúmnica. Mientras recordaba esta información pasó caminando por la casa de sus vecinas “las brujas”. Una suerte de familia de mujeres que vivían en una casa de dos plantas con un precioso jardín cargado de malvones, lirios, azucenas, rosas, girasoles y margaritas. Selene se sorprendía cada vez que pasaba porque no importaban los calores asfixiantes de Buenos Aires, esas flores exudaban vitalidad. Su madre siempre le decía “hay que tener mano”. Y quizás algo de magia también.

Selene pensó en llamar a la puerta de sus vecinas para concertar una cita. Podía solicitar una lectura de Tarot y consultar sobre su sueño y algún consejo para sobrellevar el duelo. Sin dar tantas vueltas, hizo palmas en la puerta de la vivienda y fue atendida por la hermana colorada que siempre vestía un estilo rockero. Lo que más le resultaba llamativo a ella y a todo el barrio en general es que no eran pocas, las veces que las mujeres usaban el bonete negro tan

característico en las historias europeas de brujas. Una mezcla de gracia y por qué no de miedo, hizo que Selene saludara a la mujer con cierto recelo.

—Perdón por molestar a esta hora. Soy tu vecina de casi enfrente. Me gustaría saber si tienen turnos disponibles para que me tiren las cartas. Soy Selene.

La mujer bajó los peldaños del porche de entrada y atravesó el jardín hasta la puerta de la calle.

—Soy Artemisa, Selene ¿Quieres pasar?

—No, no, gracias. Perdón, estoy por entrar a trabajar en el supermercado. Quería preguntar si puede ser después o mañana. No sé.

El balbuceo de Selene hizo que se sonrojara ante la extraña.

¿Qué pensaría una bruja de verdad de ella? ¿Tendría la habilidad de leer el pensamiento? o peor aún ¿Conocer el terrible futuro?

—Por supuesto, no tiene que ser ahora. Podes pasar cuando quieras, si no estoy yo te atiende una de mis hermanas, Hera o Venus. Te dejo agendada para que estén atentas.

Selene le agradeció y confirmaron una cita para la tarde noche cuando terminara su turno. En las cuerdas siguientes reflexionó sobre las brujas: ¿A quién se le ocurriría nombrar a sus hijas como las diosas griegas?

En el pasado su madre había solicitado los servicios cuando estuvo a punto de divorciarse de su padre. Ella era muy pequeña, no tenía recuerdos claros de aquella época pero había oído años después, a Susana al teléfono con una de sus amigas comentandolo al pasar. Fue algo chocante para ella, que tenía catorce

años. Ese momento en la vida promedio de una persona en donde los padres pasan a ser humanos que cometen errores. Pensó que poco sabía de sus padres como adultos en pareja. No tenía idea.

¿Cómo su madre había mencionado a las brujas? Intentó recordar.

Las Makarovic. Apellido ucraniano. Selene pensó que algo de esos genes estaban presentes en los rasgos faciales de Artemisa. ¿Habrían nacido todas en Argentina? Su madre también había mencionado que una de ellas murió y que había dejado una hija que tenía la edad de Selene. Tenía vagos recuerdos de haber jugado alguna que otra vez con ella, siendo muy chicas de edad. Algún verano en el que los autos no pasaban por la calle. Jugar a la mancha o al poliladron con otros chicos del barrio.

Se preguntó si también sería bruja. Si hay una edad para convertirse en una o si se nace con algún don especial.

Cuando terminó su turno como cajera, envió un mensaje por móvil a su madre avisando que llegaría más tarde y se encaminó a la casa de las Makarovic.

El verano estaba llegando a su fin ya que los días se estaban acortando. Hizo palmas en la puerta y la atendió otra de las hermanas, una que parecía un poco más joven de un pelo castaño claro que recogía en un prolijo rodete.

—¿Selene? Soy Venus, bienvenida.

La casa por dentro olía a lavanda y Selene entró con timidez en el hall en donde sus paredes estaban adornadas con láminas botánicas y fotografías

familiares. Un gato negro bajó las escaleras mirandola con curiosidad. Selene no tenía onda con los felinos.

—Se llama Thot como el dios egipcio, supervisa a todas las personas que vienen. Es el protector del hogar.

Selene no supo si hablaba en serio así que sólo asintió con la cabeza y siguió a la bruja hasta el estudio ubicado a la izquierda. El lugar tenía un halo de misterio que la hizo sentir dentro de un cuento de hadas. Algo en la estética y en el aroma floral la transportó a una tierra mágica. Pensó que estaba sugestionada por todo lo que había estado viviendo y la decoración era llamativa al compararla con su propio hogar o las casas que había visitado.

Había una estantería de madera oscura cargada de libros con lomos que parecían antiguos, un escritorio a tono en donde reposaba un paño y las famosas cartas, además de una bandeja con una jarra con limonada y dos vasos de vidrio.

—Podes tomar asiento ¿te gusta la limonada?

Selene asintió y se sentó frente al escritorio mientras observó una bola de cristal escondida en un rincón de la habitación. Las paredes estaban pintadas de un verde petróleo haciendo juego con las cortinas.

—¿Es la primera vez que alguien te lee?

Selene volvió a asentir. Las manos le sudaban y las frotó contra sus jeans.

Venus mezcló el mazo de cartas con tal gracia, que le recordó a las bailarinas del Teatro Colón cuando su madre la llevó a ver ballet a los ocho años. Parecían etéreas, seres elementales, hadas.

Colocó sobre el paño oscuro cuatro cartas y luego otras cuatro a un costado, no sin antes pedirle que corte el mazo con la mano derecha.

Venus dio vuelta la primera carta.

—Veamos tu vida sentimental. —y levantó otra carta que llevaba el nombre bajo la ilustración de la luna. —Estás triste y muy melancólica. ¿Estás atravesando un duelo?

Un nudo en la garganta le impidió responder y la bruja se dio cuenta así que siguió dando vueltas el resto de las cartas. Le fue explicando la tirada por partes; vida sentimental, área económica y amor. En esta última le salió El ermitaño y Selene no pudo haberlo descrito mejor. Miró cada ilustración con mucha atención, buscaba entre ellas a la mujer de sus sueños.

—¿Te llaman la atención las cartas? Estas son las Marsella, hay varios diseños y estilos.

—Tuve un sueño extraño y quisiera ver que me pueden decir sobre él.

Venus mezcló el mazo nuevamente y le pidió que corte. Colocó una carta sobre el paño y cuando la dio vuelta algo ensombreció su rostro.

La muerte.

Un esqueleto montando a caballo con un cadáver a sus pies.

—Cambios importantes se avecinan. Quizás una nueva vida. Es importante que la Muerte en este caso no sea tomada de manera literal. Si bien has sufrido una pérdida querida en este último tiempo lo más probable es que ese periodo de transición no haya terminado.

Selene meditó las palabras con precaución para no caer en pensamientos pesimistas y le pidió si podía sacar otra carta para darle más contexto.

La bruja aceptó y puso otra carta encima de la otra.

—La Torre nos confirma lo anterior. Se viene un cambio brusco. ¿Ves cómo cae el rayo sobre el edificio? Un golpe duro podría venir en poco tiempo y no está relacionado a la muerte de tu can.

Selene se apartó de la silla con brusquedad ¿Cómo supo lo de Hermes?

Extrajo la billetera de su cartera y le dejó el dinero acordado sobre la mesa. Le pidió que le abra la puerta, no quería saber nada más. Venus intentó persuadir aunque se sintió hipócrita ya que un halo oscuro rodeaba a Selene en ese momento, no quería mentirle pero no podía engañarla, necesitaba advertirle.

—Cuídate Selene, por favor.

Y se despidieron incómodas como dos amantes que deciden cortar la relación y no saben si sellar la despedida con un abrazo o con un saludo frío.

Venus cerró la reja y se quedó mirando a Selene, había hecho su trabajo.

Una 4x4 dio vuelta la esquina como si la llevara el diablo, Selene cruzó el último tramo de asfalto corriendo. ¿Quién puede ser tan bruto manejando? El automóvil frenó en la casa de enfrente, en la propiedad que llevaba tanto tiempo vacía. Cuando lo vio bajar sintió como si muchas espinas se le clavaran en todo el cuerpo. Su figura alta y desgarrada le recordó al libro que su madre solía leerle de niña “Papaíto piernas largas”. Vestido de negro y de tez pálida enfermiza, pelo negro desprolijo, se dio vuelta y la miró. Penetrante, feroz,

amenazante. Como un depredador abriendo sus fauces para atacar la yugular de su presa.

Y esos ojos amarillos.

Unos ojos amarillos que podrían perforarla.

Selene abrió la puerta de su casa y la cerró como si la vida se le fuese en ello. El corazón le golpeó el pecho con fuerza. ¿Quién era ese ser?

La casa estaba vacía. Se metió en su dormitorio y espió por la ventana. Seguía parado allí con la mirada predatoria fija. Su lenguaje corporal cargado de ira con las manos estiradas cuál garras, listo para atacar.

Selene sintió que la odiaba ¿Por qué?

Cerró la cortina como si fuese un escudo protector, tomó su cuaderno de bocetos y comenzó a ilustrar el contorno de dos ojos.

2

La puerta de entrada chirrió. Los recuerdos lo golpearon con fuerza. El lugar destilaba olor a encierro. En las penumbras los muebles de roble cubiertos con sábanas blancas parecían fantasmas flotando. No pudo evadir el nudo en la garganta.

Y la ira. Oh sí, poderosa ira.

Cerró la puerta detrás de sí y respiró profundamente. Era importante mantener el autocontrol si no quería caer en la desgracia otra vez.

Accionó el interruptor de la luz y la casa volvió a cobrar vida. Desde su visión era como una fotografía color sepia con el poder de causarle un gran dolor. Lamentaba las circunstancias que lo habían traído hasta allí, de vuelta al pasado.

Se sentó en el sillón de estilo colocado en el rincón de la sala al lado de la chimenea marchita.

Observó el lugar con otros ojos. Como si lo viera por primera vez. Las manchas de humedad en la esquina de una pared. El polvo sobre la cerámica colorada del piso. Los cadáveres de las hormigas que habían estado comiendo la madera de una viga del techo.

Le martilleaba la cabeza. Si no quería tener otro episodio debía automedicarse.

Se incorporó y fue a la cocina por un vaso de agua. Abrió la canilla y un sonido ahogado brotó de ella. Los segundos pasaron y el agua cayó limpia sobre el fregadero. Estaba fría. Algo extraño para las temperaturas a esa altura del año. Era agua de pozo.

“¡Ah! Don Torcuato seguía teniendo agua de pozo” pensó y no pudo evitar compararlo con la finca. Las pampas argentinas, su llanura, el verde de los pastizales.

Bebió con avidez y tomó la píldora que lo volvía más humano.

Cerró la canilla y apagó las luces. Conocía el camino de memoria por el largo pasillo que daba paso a los dormitorios. Abrió el más alejado. La cama con literas estaba tal cual la recordaba. Sacó la sábana y se acostó sobre el colchón gastado. Ya dispondría de tiempo por la mañana para revisar en qué estado se

encontraba la propiedad. Le preocupaba el jardín. Tendría que buscar una mano experta para ponerlo en condiciones si quería vender la casa.

Cerró los ojos pero el sueño tardó en llegar. En su lugar, las pesadillas se apoderaron de él reviviendo los últimos días. El olor a hierro de la sangre, su gusto a metal. Los gritos desgarradores. Las súplicas. Los ruegos.

Y la ira. Oh sí, poderosa ira.

Despertó con el sol de la mañana. Había mojado el colchón. Sintió repugnancia de sí mismo. Necesitaba una ducha con urgencia. Sería un día muy largo.

En el baño, se desvistió de sus harapos y no pudo evitar el reflejo que le devolvió el espejo. Su cuerpo, pálido y delgado, con las costillas asomando. Las pronunciadas ojeras que le daban una profundidad siniestra a su mirada. El pelo negro y despeinado que le daba un aspecto descuidado. Su boca recta de labios finos le daban un semblante de crueldad.

Esa fue la cara que vieron por última vez.

Era el diablo.

El diablo en carne y hueso. Y no había terminado.

¿En dónde terminaría? Había nacido maldito y solo sembraba muerte a su paso.

Lo sabía pero no podía frenarlo. O ¿no quería frenarlo?

Se sintió un títere. Un juguete del destino fatal al que estaba condenado.

Después de vestirse con una camiseta de mangas cortas y un jean negro, salió al jardín. O lo que quedaba de él. En otras épocas había sido hermoso y radiante. Recordó cuando corría descalzo por el pasto junto a sus hermanos mayores. Como le pinchaba los pies, el aroma a hierba recién mojada.

Los partidos de fútbol con su padre. Oh no, no quería ir por allí.

Las limonadas frescas de su madre. Sintió la garganta seca.

El limonero seguía en su lugar, al fondo sobre la ligustrina. El pastizal largo le llegaba a las rodillas de su metro ochenta. Debía ocuparse lo antes posible.

El roble majestuoso a un costado de la casa, testigo del paso del tiempo. Solitaria vida y aún así se mantiene fuerte.

“Los árboles mueren de pie, no como yo, no como ellos” pensó.

Avanzó entre el pastizal alto cuando un aroma le cortó la respiración en seco. Sobre la medianera vecina vio la amenaza. ¿Qué era? ¿Qué significaba?

Volvió sobre sus pasos a la entrada de la casa en donde había estacionado la 4x4 que le había robado a su padre.

No, no quería pensar en él.

Abrió el baúl y extrajo la cortadora de césped. Pondría en orden lo más básico primero; mejorar el aspecto del exterior para pedirle a los de la inmobiliaria que visiten la propiedad. Quería ponerla en venta cuanto antes. Buscó un enchufe y empezó la ardua tarea de poner el jardín en condiciones sin acercarse a la medianera vecina.

Le llevó varias horas pero finalmente logró emparejar un poco el terreno.

Abrió el portón de hierro que daba a la calle. El barrio era tranquilo con árboles esbeltos que le daban a la cuadra un aire pintoresco y señorial. Las pocas propiedades que había poseían todas amplios jardines. Algún vecino debía conocer un buen jardinero por la zona.

Caminó con cautela por la calle asfaltada, no había ningún ser humano a la vista, solo el sonido musical de las aves.

Un hombre de rostro arrugado y pelo blanco salió al encuentro como si le hubiese leído la mente. Al acercarse, el semblante despreocupado del vecino mutó a una leve posición defensiva.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

Su voz gruesa retumbó en el silencio diurno.

El joven delgado vestido de negro carraspeó antes de hablar. Una voz aterciopelada surgió de sus labios finos:

—Estoy en aquella casa (la señaló) que es de mis padres, tengo que ponerla en condiciones para poder tasarla y necesito alguna mano experta que me pueda ayudar con el jardín.

El señor sonrió.

—¿La casa de los Luna?

El muchacho asintió.

—Mi nombre es Aureliano, yo conocí a tu papá aunque vos te pareces más a tu mamá. Quizás pueda averiguar. Déjame que le pregunte a Carmela, mi esposa, que ella tiene mejor memoria con los nombres de la gente.

El joven agradeció la cortesía y se volvió a la casa. Tomó las llaves de la 4x4 y salió a la calle. Se encaminó hacia la ruta Marcelo Torcuato de Alvear que cruzaba la localidad de Don Torcuato. Sobre ella una pequeña casa pintada de naranja era la sede de la inmobiliaria y Fabián estacionó el automóvil enfrente. Antes de bajar miró su rostro en el espejo retrovisor. Las ojeras se volvieron más visibles y maldijo para dentro el no haber comprado algo de maquillaje para mejorar su aspecto.

Extrajo de la guantera la escritura de la casa y la documentación de su padre, Edgardo Luna, el propietario original. El sol en lo alto le hizo daño a la vista y se cubrió con los papeles hasta ingresar al edificio en donde fue recibido por un hombre calvo que lo saludó cordialmente.

Fabián explicó, pues ya tenía el discurso armado y practicado, que estaba buscando tasar la propiedad de su padre quien se encontraba indispuerto para efectuar el trámite en persona y que en su lugar, le había otorgado la responsabilidad a su hijo menor.

—Te pusieron a trabajar. —quiso bromear el de la inmobiliaria y Fabián fingió una sonrisa cómplice.

El hombre que se llamaba Ricardo revisó los papeles y le pidió completar una ficha con todos los datos para poder empezar. Tras pedirle un número de móvil le indicó que se estaría comunicando ese mismo día, más tarde, para coordinar horario y enviar a un inspector a tasar la propiedad. Fabián agradeció la rapidez y seriedad y salió del edificio que apeataba a perfume dulzón.

Ya en la vía pública lanzó un par de maldiciones y se subió a la 4x4. Estaba hambriento, tenía que buscar una buena parrilla en la zona y comprar unos buenos trozos de carne vacuna para saciarse. Tras hacer una parada y adquirir lo que necesitaba, volvió a la casa.

Se sentó en la amplia sala de estar sobre el piso de cerámica y sacó los paquetes con cuatro bifés de chorizo que devoró con avidez. Los había pedido bien jugosos, apenas cocidos. El parrillero había hecho un gesto de repulsión con su pedido y su mirada descalificadora lo había hecho sentir como un bicho raro.

Si supiera toda la verdad, el pobre imbécil no tendría idea. El jugo de la carne le corrió entre las comisuras de su boca y se deleitó con el sabor agrio de la sangre. Cuando terminó le pasó la lengua al recipiente de plástico. Con un eructo dio por finalizado su banquete personal. Eso le daría un poco de energía para completar el día.

Observó a su alrededor. La propiedad se veía bien con luz diurna y se sintió satisfecho. Si todo salía según el plan podría vender la casa pronto y con el dinero salir del país. Estaría ya muy lejos cuando todo se descubriera.

Ya no sería Fabián Luna.

Ya no tendría rostro ni nombre.

Durmió una siesta y cuando despertó se dispuso a ir a comprar un balde de pintura blanca para exteriores. Quería que el de la inmobiliaria tuviera una primera impresión positiva. Había encontrado en un placard un par de rodillos viejos que servirán al propósito. Cuando salió al jardín revisó las plantas que

estaban contra la medianera. Eran un yuyo pero camufladas estaban esas flores azules que con sólo olerlas le dieron ganas de vomitar. Tendría que apurar a los vecinos para que le dieran algún contacto de jardinería que pudiera cortar todo. No quería tener que hacerlo él.

Subió a la 4x4, abrió el portón y se encaminó a la calle.

Quería salir de allí lo antes posible.

En la planta baja había cajas por todas partes; en el estudio, arriba de la mesa de la cocina comedor, en el hall de entrada, incluso en algunos peldaños de la escalera. Hera iba y venía del exterior, bajando cajas del camión de la mudanza. Finalmente decidió cerrar la tienda física y abrir una online así que toda la mercadería debió ser trasladada a la casa en donde será almacenada en el sótano.

Venus intentó buscar un lugar para poder preparar la tarta de manzanas que iban a cenar. Artemisa se ofreció a regar la huerta y el jardín trasero con tal de no estar en el medio de su hermana mayor, porque cuando Hera estaba con una tarea tediosa podía llegar a mostrar un lado cruel y autoritario y Artemisa no se iba a quedar atrás, así que se iba a convertir en una lucha de vida o muerte entre hermanas y ni siquiera la diplomacia de Venus, la menor, iba a conseguir una tregua de paz.

El día era cálido para estar tan cerca del equinoccio de otoño. Las flores estaban en todo su apogeo y los perros, Cajún y Febo jugaban yendo y viniendo por el camino de baldosas. La huerta estaba muy bien cuidada gracias a las buenas manos de Venus. Tanto las frutas como las verduras estaban sabrosas y preferían comer de la propia cosecha que comprar en las verdulerías cercanas. Tomates, zanahorias, cebollas, morrones, puerros, zapallitos y papas. Si tuvieran más lugar podrían incluir más variedad. En el porche estaban las macetas con el

orégano, el perejil, la albahaca, menta y el tomillo, y en el fondo las plantas; los helechos, los lirios, los malvones, las margaritas y los rayitos de sol. Artemisa abrió la manguera y regó todo desde la casa hasta el fondo que eran varios metros. Luego estiró un poco más la manguera y fue recorriendo el camino por las medianeras en donde estaban las monsteras.

Artemisa se sorprendió al ver en un rincón oscuro una planta de tallos largos y firmes adornada con flores azules. Jamás la había visto y pensó que, quizás, Venus había estado sembrando nuevas especies. A los gritos llamó a su hermana para preguntarle que trabajaba en la cocina si había plantado algo nuevo. Con la negativa, también a los gritos, Artemisa cortó con la mano una flor para buscar la especie en algunos de los libros de botánica que guardaban en las estanterías.

Cerró la canilla y subió los dos escalones del porche mirando la flor con forma de casco.

Antes de poner un pie en la cocina se le nubló la vista y un fuerte mareo la dejó confundida. Venus la vio y la ayudó a sentarse en la mecedora para luego servirle un vaso de agua fría. No era la primera vez que a Artemisa le bajaba la presión sobre todo en el verano con las altas temperaturas. Su hermana salió con el aparato para tomar la presión que habían comprado años atrás. Cuando le tomó la presión vio la flor azul en la mano de Artemisa.

—¡Eso es Acónito! Es tóxica. Voy a llamar a una ambulancia.

Artemisa se sintió tan mal que no se pudo sobresaltar con el exabrupto de su hermana, sólo atinó a preguntar qué cómo conocía la especie.

Venus la dejó hablando sola mientras llamó a una ambulancia con su móvil y le dió aviso a Hera de lo ocurrido, quien ya le había pagado al camión de la mudanza y estaba terminando de ordenar las cajas. Hera tomó su cartera y le dijo que se encargaba de acompañar a Artemisa en la ambulancia. Buscó una toalla, la mojó con agua y le puso jabón blanco para lavarle las manos a su hermana. Venus tomó la flor con guantes de goma y la envolvió en papel para tirarla. Artemisa le señaló el lugar de donde la sacó y las sirenas de la ambulancia se oyeron a la distancia.

A Artemisa le costó respirar, sintió como si le estuvieran tapando nariz y boca. Entre sus hermanas la llevaron a la puerta de calle en donde recibieron a los ambulancieros explicando la urgencia de la intoxicación.

—Te escribo desde el hospital.

Le dijo Hera a Venus que se quedó mirando como la ambulancia daba vuelta a la esquina junto a Cajún y Febo.

El gato negro, Thot, observó la secuencia desde el techo.

Lo primero que hizo Venus fue buscar algo que sirviera para aislar la planta del resto. Era un peligro para ellas y para los animales también. Buscó entre las cajas y los utensilios de cocina y eligió una campana para tortas que casi no usaban. Se calzó un pañuelo de seda a modo de barbijo, se puso lentes de sol, se recogió el pelo con un rodete y con los guantes de goma salió al jardín. El ambiente olía a menta y a pasto recién mojado y buscó el lugar señalado por Artemisa. Entre las plantas la vio escondida, como si lo hiciera a propósito. No era muy alta, pero tampoco estaba al ras del suelo. La encerró en su jaula de

cristal y se preguntó de dónde había salido y si pudiera ser que viniera de la casa de al lado que llevaba años desocupada, lo cual resultaba raro, pero sabía que las sincronicidades eran parte de la vida y el Acónito en particular, era históricamente, asociada a la superstición y a la brujería. Quizás por eso la reconoció al instante.

Buscó la escalera guardada en el galpón del fondo y con cuidado la puso lo más cerca que pudo de la medianera para poder fijarse si el Acónito también había nacido del otro lado de la pared. Subió varios peldaños mientras los perros observaban lo que hacía. Cajún ladró y Venus le pidió que callara, no quería que alertara a los vecinos y alguno la viera tan ridículamente adornada.

Espió al otro lado y observó la casa vacía de una planta con tejado rojo y un amplio parque alrededor. El pasto le pareció recién cortado y al ver el limonero pensó en las ganas que tenía de beber una limonada fresca con menta y jengibre. A simple vista no vio el Acónito, tendría que subir hasta el final de la escalera y apoyarse en la medianera para poder ver al otro lado. Así lo hizo y se horrorizó al ver las flores azules a lo largo de la pared, casi camufladas entre los yuyos. ¿Cómo había llegado el Acónito que era una planta que nacía en las zonas montañosas a la planicie de Buenos Aires? No tenía sentido.

El portón de la casa vecina se abrió y Venus bajó las escaleras asustada. No sabía que la casa estaba ocupada, debió haberlo imaginado por el pasto. Guardó la escalera en el galpón y corrió a lavarse los guantes y a ponerse presentable pues tendría que hablar con los dueños y advertirles del peligro. En el camino de la cocina a la puerta decidió primero buscar en el libro de botánica oculta el

significado del Acónito así que entró en el estudio cuidando de no llevarse ninguna caja por delante y tomó el libro con lomo verde gastado de la estantería. Hizo un lugar en el escritorio, encendió el velador y buscó Acónito en el índice.

“Aconitum napellus, el acónito común, anapelo azul o matalobos de flor azul, es una especie de la familia Ranunculaceae. Se trata de una planta muy venenosa que puede ser letal y que se encuentra en las zonas montañosas del continente europeo. Crece en lugares húmedos y oscuros.”

Hasta ahí nada nuevo bajo el sol. Leyó que en el pasado algunos boticarios empleaban esta planta para problemas de salud hasta que descubrieron su letalidad. También figuraba en la mitología griega; al parecer el Acónito había nacido de la espesa baba del perro de tres cabezas, Cerbero, quien custodiaba la entrada al Inframundo, dominio del dios Hades.

El móvil sonó y Venus dejó el libro a un lado. Era su sobrina Catalina la que llamaba para saber cómo estaban. Tras contarle lo ocurrido con la intoxicación, la tranquilizó porque estaba segura que habían actuado a tiempo.

—Estoy segura de que Artemisa no tendrá secuelas. Actuamos rápido, y no te preocupes que sigue en pie el compromiso de ir a pintar tu nuevo dormitorio. Tengo que colgar que me quedé leyendo y no terminé de preparar la cena, van a volver hambrientas. Un beso para vos y para mi madre.

Venus corrió como pudo, dentro de los obstáculos, y terminó de cocinar la tarta de manzanas. Entre una cosa y la otra, las horas habían pasado y el sol se ocultó en el horizonte. Ordenó un poco las cajas de la mesa para poder poner

los platos y el resto de la vajilla. Cuando terminó con todo, Hera y Artemisa entraron en la casa siendo recibidas a los saltos de Cajún y Febo.

—Que rico olor, tengo tanta hambre. —dijo Artemisa.

—Tenes mejor semblante. —la abrazó Venus.

Las tres se sentaron a cenar con los perros dando vueltas a la mesa. Mientras comieron platicaron sobre las buenas nuevas; Artemisa estaba bien, no había pasado a mayores y el alcaloide no había penetrado en su sistema gracias a haber obrado de manera rápida.

Venus por su parte, les explicó un poco más de los componentes de la planta, cómo la había aislado y lo que descubrió en la casa del vecino.

—Tenemos que advertirle. —dijo Hera —Probablemente no lo sepa. La casa estuvo deshabitada durante muchos años y el muchacho se está ocupando de ponerla en condiciones para venderla.

Sus hermanas se le quedaron mirando.

—Me encontré con Aureliano y me contó un poco de la historia. Ya saben que es como Mercurio, el dios griego, lleva y trae información.

Las tres levantaron la mesa al terminar, lavaron los platos, secaron y ordenaron la vajilla. Ya había bastante desorden con las cajas que debían terminar de almacenar.

—Venus ¿me ayudas a acomodar estas cajas antes de dormir? Así hacemos más rápido. Artemisa si quieres, anda a acostarte.

La colorada las saludó y se fué a acostar. Cualquier cosa con tal de no ayudar y tener que aguantar las instrucciones de su hermana mayor. Hera miró

cómplice a Venus y le indicó que mañana pondría a su hermana a ordenar todo lo que faltara, no se llevaría de arriba por una intoxicación leve.

En el sótano habían colocado días atrás varias estanterías. Venus había diseñado carteles con los rótulos para agilizar a la hora de armar los paquetes con las compras online de la tienda.

Velas por un lado, diferentes colores, tipos, si eran solo aromáticas o para ser usadas en rituales. Sahumerios varios, calderos de diferentes tamaños y colores. Diferentes mazos de Tarot que últimamente se vendían muy bien, paños para las lecturas de cartas. Runas, varitas de madera, amuletos. Las Athame con diferentes diseños (es una especie de daga que se usa para rituales) capas o túnicas y por supuesto, libros que podían ser acerca de astrología, tarot, numerología, rituales, historia del paganismo, entre otros afines.

La tienda se abocaba puntualmente al estudio y práctica esotérica, tema que había ido en alza desde que la familia había decidido abrir un local tiempo atrás. En los últimos meses, Hera había estado queriendo digitalizar todo para poder hacer envíos nacionales e internacionales.

“Es un paso inevitable” les había dicho a sus hermanas.

Para hacer la página web tuvo que contratar a Ewan, un joven programador que con mucha paciencia le había explicado acerca de formatos y diseños para hacerla más funcional de cara al público. También habían tenido que comprar trípode y luces para sacar fotografías de cada producto de manera que luciera lo más profesional posible. Venus se encargaba de la estética ya que lo disfrutaba, por el contrario de las otras. La web iba a ir cambiando con el cambio de

estación, dando importancia también a los Sabbaths que ellas celebraban cada año: Mabon en el equinoccio de otoño que ese año caía un 21 de marzo, Samhain el año nuevo el primero de mayo, Yule el solsticio de invierno durante junio, Imbolc los primeros días de agosto, Ostara el equinoccio de primavera, Beltane a finales de octubre, Litha el solsticio de verano y Lammas el primero de febrero. Además de estas festividades canónicas para ellas, también estaban los rituales que se corresponden con las fases de la luna o esbaths. Esto también estaba detallado en el sitio para que la gente que ingresara pudiera armar su propio ritual y adquirir todo lo necesario.

Cada festividad tenía un propósito colectivo y personal.

Cuando terminaron de organizar las cajas ya era medianoche.

—Mejor voy a dormir, le prometí a Catalina que mañana le ayudaría a pintar el cuarto. —dijo Venus y se despidió de su hermana mayor que se quedó agotada sentada sobre el sillón del estudio.

Hera no dejó de pensar en el Acónito así que salió al jardín. Cajún y Febo dormían en la planta alta con Artemisa y Thot la esperaba a ella.

—Ya vamos amigo, dame un momento.

El gato negro quedó sentado en el porche.

Hera caminó hasta la medianera y vio la campana que contenía a la planta venenosa.

—Matalobos ¿por qué naciste en nuestro jardín?

Fue una pregunta que hizo al aire, esperando obtener una respuesta sincrónica.

—Vamos amigo. —le dijo a Thot y el gato la siguió escaleras arriba.
Quizás en la mañana obtuviera claridad.